Cambiaré su Duelo en Gozo

Jeremías 31–33; 36–39; Lamentaciones 1 y 3



Introducción y contexto histórico

- Durante las últimas semanas hemos estado estudiando la vida y las enseñanzas del profeta Jeremías.
- Recordemos que Jeremías fue llamado por el Señor en una época muy difícil para el pueblo de Judá.
- Jerusalén estaba atravesando una profunda crisis espiritual.
- Muchas personas habían abandonado los mandamientos de Dios, los gobernantes no escuchaban las advertencias de los profetas y el pueblo había comenzado a confiar más en sus propias decisiones que en el Señor.
- Jeremías advirtió repetidamente que, si no se arrepentían, Jerusalén sería destruida.
- Pero sus palabras no fueron bien recibidas.
- De hecho, el profeta fue perseguido, encarcelado y hasta arrojado a una cisterna llena de lodo.

- Finalmente, ocurrió aquello que Jeremías había anunciado.
- En el año 586 antes de Cristo, los babilonios conquistaron Jerusalén, destruyeron el templo y llevaron a muchos habitantes al cautiverio.
- Imaginemos por un momento lo que aquello significó para el pueblo.
- Perdieron sus hogares.
- Perdieron su ciudad.
- Perdieron el templo donde adoraban al Señor.
- Y muchos perdieron también a sus seres queridos.
- Parecía que todo aquello que conocían había desaparecido.
- Es en ese contexto donde encontramos el libro de Lamentaciones, que expresa e l profundo dolor causado por la destrucción de Jerusalén.
- Pero hay algo extraordinario.

- En medio de tanta destrucción, Dios continuó ofreciendo esperanza.
- Jeremías había sido llamado no solamente a advertir y destruir las falsas seguridades del pueblo, sino también a edificar y plantar.
- Y el Señor les hizo una promesa maravillosa:
- “Y cambiaré su duelo en gozo, y los consolaré y los alegraré de su dolor”. (Jeremías 31:13)
- Esa promesa no significaba que nunca volverían a enfrentar dificultades.
- Significaba que Dios todavía tenía un futuro para ellos.
- Y esa misma enseñanza se aplica a nosotros.
- Porque todos, en algún momento, enfrentamos situaciones que parecen derrumbar nuestra vida.
- Hoy vamos a estudiar dos principios que nos ayudarán a comprender cómo Jesucristo puede restaurar nuestra esperanza y transformar nuestro corazón.

Tema 1 — Jesucristo puede transformar nuestro dolor en esperanza - Jeremías 31:13; Lamentaciones 3:21–26

- Quiero comenzar con una reflexión.
- Todos hemos experimentado momentos de tristeza.
- Algunos dolores son pasajeros.
- Otros pueden acompañarnos durante mucho tiempo.
- Quizás hemos perdido a alguien que amamos.
- Quizás hemos enfrentado una enfermedad.
- O hemos vivido una situación que cambió completamente nuestros planes.
- Y cuando atravesamos momentos así, es natural preguntarnos:
- ¿Volveré a sentir alegría algún día?
- Esa pregunta también podría haber estado en el corazón de los habitantes de Jerusalén después de la destrucción de su ciudad.

- Ellos habían perdido mucho.
- Y, sin embargo, el Señor les entregó una promesa.
- Pidamos a un hermano que lea Jeremías 31:13.
- “Y cambiaré su duelo en gozo, y los consolaré y los alegraré de su dolor”.
- Quiero que nos detengamos en algo.
- El Señor no dijo que el pueblo jamás experimentaría tristeza.
- Tampoco dijo que todo lo que habían perdido regresaría inmediatamente.
- Lo que prometió fue consuelo y alegría.
- Y eso nos enseña algo profundamente importante.
- La esperanza que encontramos en Jesucristo no depende de que nuestra vida esté libre de problemas.

- Depende de saber que Él tiene poder para ayudarnos a atravesarlos.
- Pensemos en una comparación sencilla.
- Cuando llega el invierno, los árboles pierden sus hojas.
- Algunos parecen completamente secos.
- Si alguien que nunca hubiera visto las estaciones observara esos árboles, quiz ás pensaría que están muertos.
- Pero nosotros sabemos que, aunque no podamos verlo, la vida continúa en su interior.
- Y cuando llega la primavera, comienzan a aparecer nuevas hojas.
- De una manera semejante, a veces atravesamos temporadas de nuestra vida e n las que sentimos que todo está detenido.
- Que hemos perdido nuestras fuerzas.

- Que nuestra alegría ha desaparecido.
- Pero eso no significa que Dios haya dejado de obrar en nosotros.
- A veces el crecimiento espiritual ocurre precisamente durante esos períodos difíciles.
- Ahora leamos Lamentaciones 3:22–23.
- “Por la misericordia de Jehová no hemos sido consumidos, porque nunca decayeron sus misericordias. Nuevas son cada mañana; grande es tu fidelidad”.
- ¡Qué palabras tan hermosas!
- Estas expresiones aparecen en un libro lleno de tristeza y dolor.
- Y, aun así, encontramos una declaración de confianza en Dios.
- “Nuevas son cada mañana”.

- Eso significa que cada día podemos volver a buscar al Señor.
- Cada día podemos recibir Su misericordia.
- Cada día podemos encontrar una nueva oportunidad para seguir adelante.
- No siempre podremos cambiar lo que ocurrió ayer.
- Pero sí podemos decidir cómo acercarnos a Jesucristo hoy.
- Y aquí hay algo que me gustaría destacar.
- A veces pensamos que tener fe significa no sentir tristeza.
- Pero no es así.
- Podemos tener fe y sentir dolor.
- Podemos confiar en Dios y llorar.
- Podemos amar al Señor y, al mismo tiempo, atravesar momentos de profunda dificultad.

- **La fe no elimina necesariamente nuestras lágrimas; nos ayuda a recordar que no estamos solos mientras las derramamos.**

- **Enseñanza doctrinal**

- Gracias a la Expiación de Jesucristo, podemos encontrar consuelo, esperanza y fortaleza aun en medio del sufrimiento.
- El Salvador comprende nuestras aflicciones y puede ayudarnos a sanar espiritualmente. Su misericordia permanece, y mediante Él podemos arrepentirnos, perseverar y encontrar nuevas oportunidades para avanzar.

- ***Escrituras de apoyo: Jeremías 31:13; Lamentaciones 3:22–26; Alma 7:11–12.***

- **¿De qué manera puede ayudarnos a enfrentar los momentos difíciles saber que las misericordias del Señor son nuevas cada mañana?**

- *Aunque no podamos cambiar nuestro pasado, Jesucristo puede ayudarnos a encontrar esperanza para nuestro futuro.*

Tema 2 — Dios quiere escribir Su ley en nuestro corazón - Jeremías 31:31–34

- Ahora quiero que pensemos en algo.
- ¿Por qué obedecemos los mandamientos de Dios?
- Quizás podríamos responder:
- Porque sabemos que debemos hacerlo.
- Porque queremos recibir bendiciones.
- Porque nuestros padres nos enseñaron.
- O porque deseamos evitar las consecuencias de tomar malas decisiones.
- Y aunque algunas de esas razones pueden motivarnos a comenzar, el Señor desea que nuestra obediencia llegue a ser algo mucho más profundo.
- Durante la época de Jeremías, muchas personas continuaban participando en ceremonias religiosas.

- Pero su corazón estaba lejos de Dios.
- Conocían los mandamientos.
- Conocían las tradiciones.
- Sin embargo, sus acciones no siempre reflejaban una verdadera conversión.
- Por eso, el Señor anunció que establecería un nuevo convenio con Su pueblo.
- Pidamos a alguien que lea Jeremías 31:33.
- “Daré mi ley en su mente, y la escribiré en su corazón; y yo seré su Dios, y ellos serán mi pueblo”.
- Quiero que observemos una expresión muy especial.
- “La escribiré en su corazón”.
- ¿Qué significa eso?
- Podemos tener los mandamientos escritos en un libro.

- Podemos escucharlos durante una clase.
- Podemos aprenderlos desde pequeños.
- Pero otra cosa muy diferente es permitir que esas enseñanzas transformen verdaderamente nuestra manera de pensar, sentir y actuar.
- Pensemos en un ejemplo cotidiano.
- Imaginemos que una persona encuentra una billetera con dinero.
- Nadie la está observando.
- No hay cámaras.
- Y aparentemente nadie sabría si decide quedarse con ella.
- Ahora pensemos en dos posibles razones para devolverla.
- La primera persona podría decir:
- “La voy a devolver porque tengo miedo de que me descubran”.

- La segunda podría decir:
- “La voy a devolver porque sé que no me pertenece y quiero hacer lo correcto”.
- Ambas personas realizaron la misma acción.
- Pero sus motivaciones fueron diferentes.
- La primera actuó principalmente por temor a las consecuencias. La segunda actuó por convicción.
- Y eso nos ayuda a comprender lo que el Señor quiere enseñarnos.
- Dios no desea que simplemente cumplamos Sus mandamientos de manera mecánica.
- Desea que lleguemos a amarlos.
- Que comprendamos por qué son importantes.
- Y que nuestra obediencia nazca de nuestra fe en Jesucristo y de nuestro amor por Él.

- Ahora bien, esto no ocurre de un día para otro.
- La conversión es un proceso.
- A veces avanzamos.
- A veces cometemos errores.
- A veces necesitamos arrepentirnos y comenzar nuevamente.
- Pero cada vez que elegimos seguir al Salvador, estamos permitiendo que Su Evangelio transforme un poco más nuestro corazón.
- Y aquí aparece una enseñanza importante sobre los convenios.
- Cuando hacemos convenios con Dios, establecemos una relación sagrada con Él.
- Prometemos seguir a Jesucristo y guardar Sus mandamientos.
- Y el Señor nos ofrece Sus promesas y bendiciones.

- Pero esos convenios no deberían ser solamente acontecimientos que recordamos.
- Deben influir en nuestra manera de vivir cada día.
- Por ejemplo:
- Cuando elegimos perdonar, estamos permitiendo que el Evangelio transforme nuestro corazón.
- Cuando decidimos ser honestos, incluso cuando nadie nos observa, estamos demostrando nuestra conversión.
- Cuando ayudamos a alguien sin esperar reconocimiento, estamos siguiendo el ejemplo del Salvador.
- Y cuando nos arrepentimos sinceramente, estamos reconociendo que necesitamos Su gracia.

- **Enseñanza doctrinal**

- Los convenios con Dios nos unen a Él y nos invitan a experimentar un cambio profundo de corazón mediante Jesucristo.
- La verdadera conversión no consiste solamente en conocer o cumplir externamente los mandamientos, sino en permitir que el Espíritu Santo transforme nuestros deseos y nos ayude a obedecer por amor al Señor.

- ***Escrituras de apoyo: Jeremías 31:31–34; Mosíah 5:2, 5; Ezequiel 36:26–27.***

- **¿Qué cosas sencillas podemos hacer para que los mandamientos de Dios no estén solamente en nuestra mente, sino también en nuestro corazón?**

- *La verdadera conversión comienza cuando dejamos de preguntarnos solamen te qué debemos hacer y comenzamos a preguntarnos en quiénes desea el Señ or que nos convirtamos.*